

Análisis Feminista

¿Por qué hablar de las mujeres en la construcción de las identidades nacionales?*

• Lilia Granillo Vázquez •

3.- ¿Dónde, cuándo y cómo perdió la mujer su identidad tradicional?

Como a lo largo de la historia, la mujer ha adoptado papeles y funciones sociales que le asignaban desde fuera, poco a poco se le fue construyendo una identidad y un status -como ya dijimos- "en tanto que no-hombre". Esa tendencia cultural acentuaba las diferencias entre hombres y mujeres. Así llegó a concebirse un temperamento femenino, con atributos como la ternura, la sensibilidad -y la sensibilidad también- el pensamiento intuitivo -o ilógico, que es casi lo mismo- la dulzura, la fragilidad, la dependencia y consecuentemente la falta de aptitudes para la vida pública; de ahí que nos conviniera cuidar de lo privado, lo doméstico.

El temperamento masculino incluía, por supuesto, la supremacía genérica, el poder, la independencia, la inteligencia, el pensamiento lógico, la vocación, etcétera.

La bipolarización de los sexos, y no su humanidad en común, caracterizó las relaciones sociales entre hombres y mujeres a tal grado que todo mundo llegó a convencerse de que la dominación masculina -y su contraparte, la subordinación de la mujer- eran cuestiones naturales,

propias de los humanos. De tal manera que las diferencias en el comportamiento social llegaron a traducirse en cuestiones esenciales y naturales elevando a la calidad de ley aquello de que "la mujer como paloma para el nido y el hombre como león para el combate".

Esto sigue siendo válido al menos para la cultura latinoamericana, pese a las miles de mujeres que se han incorporado al quehacer intelectual y al mercado de trabajo y que han inaugurado nuevas formas de ser y modos de vida.

Los descubrimientos de la Antropología Cultural y del feminismo humanista en los terrenos de la masculinidad y la feminidad, han demostrado con exactitud y claridad científicas que no existe una diferencia natural, esencial, material entre los temperamentos de los dos sexos. Tras una amplia investigación de la conducta social de hombres y mujeres en varias culturas, Margaret Mead -una mujer- pudo concluir que luego de la determinación biológica, ajena al individuo, el proceso de convertirse en hombre o en mujer es un proceso de acondicionamiento social. Esto es una verdad científicamente aceptada desde mediados de siglo; pese a que todavía no se haya traducido ni incorporado a la vida



Rotmi Enciso

cotidiana.

En otras palabras, la subordinación de la mujer al hombre forma parte de un contrato social, a todas luces desventajoso para las mujeres. Igualmente, la identidad tradicional de las mujeres es consecuencia de ese acondicionamiento social, por lo mismo, en la cultura tradicional femenina se refleja ese proceso de sociabilización que difumina la esencia femenina para permitir el brillo de lo opuesto.

Paradójicamente, cuando Margaret Mead revisó el funcionamiento del contrato, derribó científicamente el mito de la sumisión femenina, rompió los espejos de los hombres, y destruyó también la identidad tradicional de las mujeres. Por ello, ahora nos preguntamos todos ¿qué es una mujer?, y la pregunta surge en todos los tonos. El horizonte actual de los dos géneros es mucho más justo y humano que el de hace 200 años; sin embargo, no es nada fácil construir una nueva identidad. ¿A partir de qué se podrían trazar los nuevos límites y redactar las nuevas cláusulas del contrato social entre hombres y mujeres?

No se trata de eliminar a los hombres: eso no resolvería nuestra falta de identidad. Pero si se pueden revisar la historia y la cultura y rescatar lo que convenga a la nueva mujer. Por supuesto que a esta tarea le aguardan innumerables obstáculos. Habrá que hacerlo. Es más, las mujeres tendremos que hacerlo porque si no lo hacemos nosotras no lo hará nadie.

4.- ¿Se puede hablar de cultura femenina?

Muy pocas mujeres se habían dedicado antes de, digamos, 1850 a especular acerca de su esencia, en parte por que los hombres lo hacían por ellas y en parte por que "la creatividad de la mujer en todas las épocas ha encontrado difíciles cauces de realización: es un hecho histórico que su libertad intelectual ha sido secularmente cercenada" (A. Navarro, 1989, p. 8).

Dado que los hombres habían definido a la otra parte del género humano en relación con las carencias, y dado que el saber y el conocimiento eran lo masculino, mientras que el trabajo de casa y lo familiar eran lo femenino, las mujeres no se ocupaban de estos temas. Si acaso lo hacían, corrían el riesgo de salirse de sus límites, de perder la identidad que les había sido atribuida. De hecho a aquellas que se salieron de la identidad tradicional, las que dejaron su papel de madres, esposas, hermanas del varón, la sociedad les impuso el castigo del aislamiento.

Esta situación, que parece un círculo vicioso, un catch 22 dirían los ingleses, nos plantea la pertinencia o impertinencia de hablar de una cultura femenina latinoamericana. ¿Se puede hablar de determinada "cultura femenina", siendo que hasta hace apenas siglo y medio la producción cultural, es decir, la producción de significados y formas de vida de los grupos humanos pertenecía de manera exclusiva a los hombres?

Si había producción cultural femenina esta era percibida, aprehendida por lo masculino. Si lo masculino



Rotmi Enciso

no se identifica con lo femenino, si es, por definición, lo opuesto a lo femenino, ¿existe una cultura netamente femenina?

La identificación de las mujeres con sus roles tradicionales ha sido desmentida por la actividad feminista en los últimos años. Dicha actividad ha sido, ciertamente, poco tradicional. Conviene detenerse en este adjetivo para hablar de la cultura femenina. Lo que los hombres han dicho tradicionalmente de las mujeres, no es femenino, siempre ha sido masculino. Hasta hace poco las mujeres como grupo social han empezado a pensar por sí mismas y a hablar de ellas. Así, si anteriormente los hombres daban significado a la existencia femenina, entonces, la cultura femenina tradicional es un espejo de la masculina y por lo tanto no puede considerarse femenina, sino "un reflejo de la concepción de los hombres".

Siendo así, las mujeres que han sobresalido socialmente, que han expresado afanes intelectuales y otras preocupaciones tradicionalmente masculinas, han evadido el "poder de las costumbres". Las que han destacado en términos que les eran "ajenos", son invasoras de lo masculino, no son sumisas, ni abnegadas, ni domésticas, son "anormales" puesto que no se han limitado a lo que se esperaba de ellas socialmente. Son una parte del género humano que ha trascendido las fronteras que les habían sido impuestas y, como la

sociedad es implacable con quienes no respetan sus límites, esas mujeres han perdido la identidad, al menos, la identidad tradicional.

Históricamente se han singularizado no por la feminidad que los hombres esperaban de ellas, sino por su falta de identidad con el resto del grupo al cual estaban obligadas a pertenecer y dentro del cual deberían permanecer.

Por su alejamiento de la convención social, de las normas y pautas de comportamiento impuestas por los otros, las mujeres que no se conformaron con ser protagonistas ausentes en la Historia, han sido calificadas por lo menos de locas, de putas, de histéricas o, cuando mejor les ha ido, de sobrenaturales.

Precisamente por no responder a las expectativas masculinas,

1850, es la no convencional, tenemos que referirnos a aquellas figuras o símbolos femeninos que se singularizan por no corresponder con las expectativas masculinas de lo que debería ser y hacer una mujer.

Las sociedades latinoamericanas, en especial la mexicana, son sociedades reconocidas como machistas por propios y extraños, y aunque sea por oposición, las mujeres han jugado un papel importante en la forma de vida, y en el escenario, sujeto a las variaciones dialécticas, destacan una serie de mujeres, de figuras históricas que han sido reverenciadas por unos y escarnecidas por otros. El primer paso es conocer a las pioneras y tratar de identificarse con ellas.



algunos casos aislados, los de aquellas mujeres que "invadieron" territorios "ajenos", constituyen los referentes de los que hablábamos antes, los auténticos símbolos de la cultura femenina. Aunque parezca una contradicción, esa es la cultura que la curiosidad científica ha de rescatar, y a la que hay que atribuir el auténtico significado de lo femenino.

5.- ¿Son las mujeres elementos culturales en la identidad nacional?

Si partimos de la noción de que la cultura es el fruto de la relación histórica de un pueblo y aceptamos que en la base de la identidad nacional yace la cultura, la relación entre la Historia y la identidad nacional es evidente. Por ello, es indispensable recurrir a las figuras históricas y literarias para tratar de conocer la contribución de las latinoamericanas en la construcción de la identidad nacional. Dado que, como hemos explicado, la verdadera cultura femenina de, digamos, antes de

En nuestras naciones machistas, sexuadas, bipolares, las mujeres han jugado un papel muy importante. Aún no queda del todo claro su participación, pero ahí está. En términos masculinos -como los de Alcides Arguedas y Octavio Paz, su identidad ha sido construida como las madres de *Pueblo Enfermo* o como en *Los hijos de la Malinche*", o bien en el mestizaje protagonizado por las criollas o en el marianismo de las soldaderas. Esas identidades tradicionales deben ser destruidas, o, para hablar como los posmodernos, hay que desconstruirlas. Nuestra labor empieza en el estudio del feminismo de Sor Juana, en el repudio a la censura y la autocensura de tantas escritoras inéditas.

El estudio de los rasgos definitorios de las mujeres latinoamericanas, se vuelve imperativo en nuestros tiempos, beneficiados con la irrupción de la mujer en la esfera de lo público.

En bien de la salud mental de nuestros pueblos, es urgente estudiar y conocer la construcción femenina de la identidad de las latinoamericanas. Para contar con una sociedad armónica que incluya a ambos sexos hace falta estudiar y difundir, la voz de las mujeres que

el registro histórico ha ignorado persistentemente. Nuestros archivos y bibliotecas rebosan de los testimonios de esas mujeres "anormales", cuya experiencia individual las alejó de la experiencia comunal, y que, pese al tiempo transcurrido, siguen presentes en nuestros pensamientos y actitudes. Ellas constituyen la base humana desde la cual las latinoamericanas actuales podemos contribuir al enriquecimiento de nuestra cultura.

Conviene estudiar los referentes de la cultura femenina para comprender tanto al pueblo como a las individuos y los individuos. Parece impostergable la inmediata obligación de definirnos, de buscar nuestra identidad fijando las fronteras de una manera muy femenina. Sólo así el género humano estará completo, cuando la participación y el intercambio vital correspondan equitativamente a ambas formas de existencia: a mujeres y a hombres. La identidad colonizada de las mujeres, donde la Metrópoli es el pensamiento patriarcal debe finalizar. La pregunta es ¿cómo lograrlo?

Tres años antes del Primer Congreso Internacional de la Mujer, organizado por las Naciones Unidas, en 1972, Rosario Castellanos escribió un poema que habla de la identidad femenina en crisis. Lo llamó *Meditación en el Umbral* y es justamente una reflexión hecha antes de decidirse a abandonar la pasión (tradicionalmente atribuida a las mujeres) para ejercer la acción (actividad acaparada por los hombres); se trata del umbral de la acción:

*No, no es la solución
Tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
Ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de vila la visita
del ángel con un venablo
antes de liarse el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.*

*Ni concluir las leyes geométricas, contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático
de alguna residencia de Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson,
debajo de una almohada de soltera.*

*Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Mesalina ni María Egipcíaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.
Otro modo de ser humano y libre
Otro modo de ser.*

En el umbral de la actividad externa, la meditación se convierte en un repaso de las posibilidades femeninas: casadas cuya frustración vital las lleva al suicidio; monjas con gran actividad interna, pero alejadas del

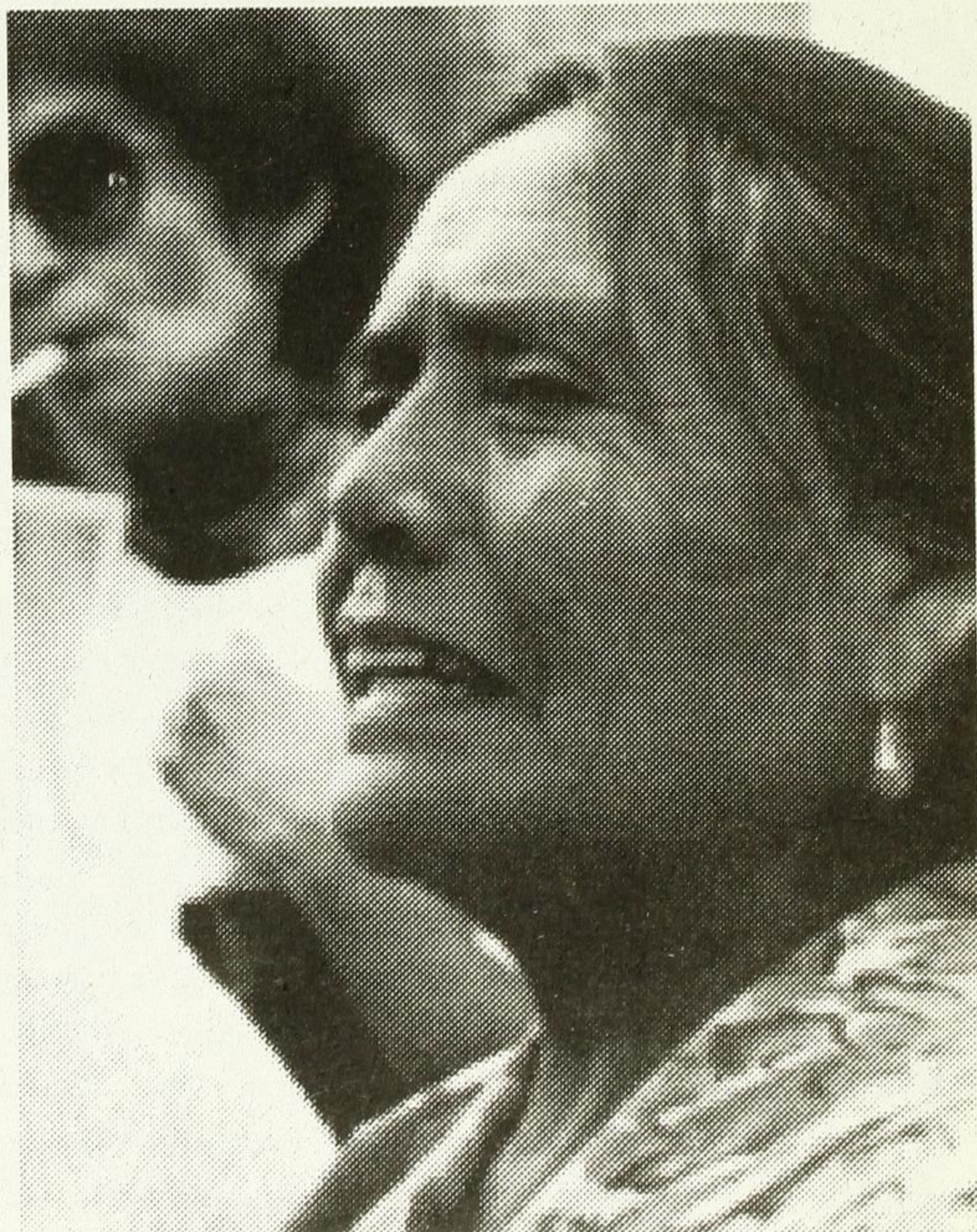
mundo; solteronas de gran expresividad, pero expansión limitada; libertinas atormentadas por los remordimientos. Todas ellas sujetas por los cautiverios del patriarcado. Y la conclusión es una negativa rotunda, un no a las identidades tradicionales, y un sí a las nuevas posibilidades del ser femenino.

Hoy, al día siguiente de la IV Conferencia Internacional sobre la Mujer, deseo finalizar estas reflexiones acerca de la cultura femenina y las identidades colonizadas de Nuestra América, con las afirmaciones de Lagarde en torno al feminismo:

"La cultura femenina es producto de la condición de la mujer. A partir del feminismo se da una fractura en la concepción del mundo filosófico; el ser mujer es producto de lo concreto histórico; es diferente, distinto, no opuesto al ser hombre... Con el feminismo se inicia un humanismo de fondo, aquel que plantea la superación de los antagonismos más profundos de los seres humanos: el extrañamiento genérico. El feminismo continúa la trayectoria humanista de quienes desde la opresión plantearon en formas utópicas o como proyectos históricos la supresión de los antagonismos.

El feminismo es un aporte a la unidad (léase integración, mío) humana porque devela la separación real entre los seres humanos y la intolerancia a la diversidad, de ahí que el feminismo sea a la vez una crítica de la cultura y una cultura nueva" (p. 85). Otro modo de ser humana y libre. *fem*

* Conferencia presentada como parte de la Cátedra Andrés Bello de Integración en La Paz, Bolivia, el 17 de noviembre de 1995.



Rotmi Enciso